

se extendió elocuentemente sobre la brutalidad inexcusable con que él mismo había sido tratado, y de esta manera la caravana llegó á casa del alcalde; trotaban los conductores, arengaba Mr. Pickwick y el populacho vociferaba.

## CAPITULO XXV

*Donde se verá cuán majestuoso é imparcial era mister Nupkins, y cómo tomó Sam venganza de Mr. Trotter, con otros agradables sucesos.*

Mr. Snodgrass y Mr. Winkle escuchaban con sombrío respeto la elocuencia que corría de los labios de su mentor y que no podían detener ni el movimiento rápido de la silla ni las súplicas de Mr. Tupman.

La indignación de Sam, mientras le conducían preso, era terrible; sin embargo, su cólera se trocó en curiosidad cuando vió que la procesión entraba en el patio de la puerta verde, y la curiosidad se trocó en asombro cuando vió que el importante Mr. Grummer avanzó con paso noble hacia la puerta verde por donde Job había salido; al ruido de una campana acudió una criada muy linda, que llamó á Mr. Muzzle. Mr. Muzzle abrió la puerta cochera para dar cabida á la silla de manos, á los cautivos y á los polizontes; después la cerró violentamente en los hocicos del populacho.

La silla de manos se detuvo ante una escalera de piedra; apeáronse allí los presos, y Mr. Pickwick y sus amigos fueron conducidos á la gran sala en presencia del vigilante Mr. Nupkins.

La escena era grandiosa; todo estaba dispuesto en ella para infundir terror á los culpables, é inculcarles una alta idea de la severa majestad de las leyes. Delante de una gran mesa, en un enorme sillón, y apoyado en un enorme volumen, estaba sentado Mr. Nupkins, que parecía aun más enorme que todos aquellos objetos reunidos; sobre la mesa se veía una pila de papel, detrás de la cual aparecía la cabeza de Mr. Jinks, activamente ocupado en hacer creer que estaba muy ocupado. Cuando la caravana entró, Muzzle cerró cuidadosa-

mente la puerta y se colocó detrás del sillón de su amo para esperar sus órdenes, mientras Mr. Nupkins, echándose atrás con importante solemnidad, contemplaba la fisonomía de sus visitantes.

Mr. Pickwick, intérprete ordinario de sus amigos, estaba en pie con el sombrero en la mano, y saludaba con la más respetuosa cortesía.

—¿Quién es este individuo? — preguntó Mr. Nupkins señalándole con el dedo.

—Es Pickwick — respondió Grummer.

—Vamos, vamos, basta ya, viejo papamoscas, — interrumpió Sam, abriéndose paso con los codos hasta la primera fila. — Os pido perdón, señor, pero este viejo maniquí no sirve para maestro de ceremonias; estos señores son Mr. Samuel Pickwick, Mr. Tupman, Mr. Winkle y Mr. Snodgrass, caballeros todos.

—¿Quién es este hombre? — balbució colérico el magistrado.

—Un malhechor muy peligroso; ha querido poner en libertad á los prisioneros, atacando á los agentes de la autoridad; por eso le hemos pescado.

—Muy bien hecho, Grummer; es evidetnemente un audaz bandido.

—Es mi criado — dijo Mr. Pickwick un poco irritado.

—¡Ah! ¿es vuestro criado? Conspiración para detener el curso de la justicia y asesinar á sus agentes; ¡criado de Pickwick! escribidlo ahí, Mr. Jinks.

Este escribió.

—¿Cómo os llamáis, bribón? — continuó el magistrado.

—Veller — respondió Sam.

—¡Excelente nombre para el calendario de Newyate! — observó Mr. Nupkins.

—Escribid su nombre, Mr. Jinks.

—Ponedle dos l viejo pichón — dijo Sam.

Aquí un desgraciado polizonte se puso á reir, y el magistrado le amenazó con hacerle prender inmediatamente; es peligroso á veces reir fuera de tiempo.

—¿Dónde vivís? — preguntó el magistrado.

—Donde me encuentro — respondió Sam.

—¡Apuntad esto, Mr. Jinks! — exclamó el magistrado, cuya cólera aumentaba rápidamente.

Y no olvidéis subrayar la palabra.

—Es un vagabundo, Mr. Jinks, es un vagabundo, según él mismo ha dicho; ¿no es verdad, Mr. Jinks, que es un vagabundo?

—Ciertamente, señor.

—Pues bien — exclamó Mr. Nupkins, dando un fuerte golpe con el puño en la mesa; — escribid al ins-

tante la orden de presidio; es preciso enseñarle á vivir.

—Muchas gracias — replicó Sam; — pero vos deberíais ir á esa escuela algunos meses.

Al oír esto otro polizante rompió á reír, y después tomó un aspecto de gravedad tan sobrenatural, que mister Nupkins lo descubrió inmediatamente.

—¡Grummer! — exclamó ardiendo de cólera; — ¿cómo os atrevéis á elegir para policía á un hombre tan nulo é inconveniente? ¡responded!

—Lo siento mucho, vuestra veneración.

—¡Siento mucho! — repitió furioso el magistrado; — tenéis razón en sentirlo; ¡yo os enseñaré á descuidar vuestro deber, Mr. Grummer! haré un escarmiento con vos; ¡quitadle el bastón á ese pillo! ¡está borracho! ¡estáis borracho!

—No, vuestra veneración — respondió el hombre; — no estoy borracho.

—¡Estáis borracho! ¿cómo os atrevéis á decirme que no estáis borracho? yo os digo que estáis borracho; ¿no es verdad que huele á aguardiente, Grummer?

—Horriblemente, vuestra veneración — respondió Mr. Grummer, cuyos nervios olfativos experimentaban efectivamente una vaga sensación de rom.

—Estoy seguro — respondió Mr. Nupkins; — cuando entró en la habitación, noté en sus ojos que estaba borracho; ¿habéis reparado en sus ojos, Mr. Jinks?

—Ciertamente, señor.

—Hoy no he fisto una gota de fino — declaró el polizante, que era sin duda el más sobrio de la compañía.

—Mr. Jinks — continuó el magistrado, — lo mandaré á la cárcel por haber insultado al tribunal; escribid la orden de arresto.

Sin embargo, Mr. Jinks, que era el consejero del magistrado y que había tenido una educación legal, porque había pasado tres años en el estudio de un procurador de provincia, mister Jinks, decimos, hizo notar en voz baja al magistrado que aquello no podía hacerse así. El magistrado improvisó, pues, un discurso, en el cual declaró que por consideración á la familia del polizante, se contentaba con reprenderle; por consiguiente, el culpable fué violentamente injuriado por espacio de un cuarto de hora, y después despedido; Grummer, Dubbley, Muzzle y los demás agentes murmuraron por espacio de otro cuarto de hora acerca de la conducta magnánima del magistrado.

—Ahora, Mr. Jinks — continuó éste, — tomad el juramento á Grummer.

Grummer prestó juramento al instante; pero como se extendía mucho en su declaración, y además se acercaba la hora de la comida de Mr. Nupkins, el ma-

gistrado, para concluir de una vez, empezó á hacer preguntas á Grummer, y éste le contestaba afirmativamente, de tal modo, que la instrucción concluyó muy pronto. Sam Weller quedó convicto de vías de hecho; mister Winkle de amenazas; Mr. Snodgrass de resistencia; y cuando todo esto quedó concluido á satisfacción del magistrado, éste y Mr. Jinks se consultaron en voz baja.

La consulta duró diez minutos; Mr. Jinks se retiró al extremo de la mesa, y el magistrado, después de unas preparatorias, se irguió en su sillón, y ya iba á hablar, cuando Mr. Pickwick tomó la palabra.

—Os pido perdón por interrumpiros; pero antes que emitáis vuestra opinión, y antes que pronunciéis vuestra sentencia, debo reclamar mi derecho de ser oído, para lo que personalmente me interesa.

—¡Callaos! — gritó el magistrado en tono perentorio.

—Es preciso que yo me someta á vuestra autoridad, caballero — respondió Mr. Pickwick.

—Callad, caballero, ó yo os haré sacar de aquí por uno de mis agentes.

—Podéis ordenar lo que os guste; y por lo que he visto respecto á su subordinación, creo que harán todo lo que mandéis; pero yo me tomo la libertad de reclamar el derecho de ser oído, y lo reclamaré hasta que se me aleje de aquí violentamente.

Mr. Nupkins, lleno de admiración ante una tenacidad tan extraordinaria, lanzó á Mr. Pickwick una mirada espantosa, y ya se preparaba á responderle con mucha severidad, cuando Mr. Jinks le tiró por la manga y le dijo algunas palabras al oído. El magistrado respondió á media voz; después se comenzó el cuchicheo; era evidente que Mr. Jinks le hacía observaciones.

Al fin el magistrado, tragando de muy mal humor el despecho que experimentaba, se volvió á Mr. Pickwick y le dijo bruscamente:

—¿Qué tenéis que decir?

—Primero — dijo Mr. Pickwick lanzando á Mr. Nupkins una mirada terrible, que intimidó al magistrado, — primero deseo saber por qué mi amigo y yo hemos sido traídos aquí.

—¿Se lo digo? — dijo el magistrado á Mr. Jinks en voz baja.

—Creo que sí — contestó Mr. Jinks al oído del magistrado.

—Se ha declarado ante mí, con juramento, que había lugar á temer que vos os ibais á batir en duelo; y que este otro hombre, Mr. Tupman, debía ser vuestro cómplice en dicho duelo. ¿No es eso, Mr. Jinks?

—Ciertamente, señor.  
—Y por eso os condeno á los dos á... ¿á qué mister Jinks?

—A dar fianza.

—Eso es. Por eso os condeno á los dos á dar fianza.

—Una buena fianza — dijo Jinks.

—Yo exigiré dos buenas fianzas.

—Propietarios de la ciudad — dijo Jinks.

—Dos propietarios de la ciudad que sean fiadores— continuó el magistrado.

—Cincuenta guineas cada uno y dos propietarios que salgan fiadores.

—Pero señor, — dijo Mr. Pickwick, que lo mismo que Tupman estaba lleno de asombro y admiración; — pero señor, nosotros somos perfectamente extraños en esta ciudad y no conocemos ningún propietario.

—¿Tenéis algo que añadir? — dijo el magistrado.

Mr. Pickwick tenía muchas cosas que añadir; y sin duda las hubiera añadido con tan poco provecho para él mismo, como satisfacción para el magistrado, si no hubiese entablado con Sam una conversación tan interesante que no le permitiera oír la pregunta que se le había hecho; Mr. Nupkins no era hombre que preguntaba dos veces una misma cosa; tosió por vía de preámbulo y pronunció su decisión en medio de un silencio admirador y respetuoso por parte de los policías.

Condenaba á Weller en dos guineas de multa por las primeras vías de hecho, y en tres guineas por las segundas; condenaba á Winkle en dos guineas, á Snodgrass en una, haciéndoles jurar que no cometerían violencia alguna con ningún súbdito de su majestad; después mandó á Mr. Pickwick y á Mr. Tupman que prestaran las fianzas.

Cuando el magistrado concluyó de hablar, mister Pickwick, cuya fisonomía había recobrado su habitual expresión de buen humor, dió un paso adelante y dijo:

—Suplico al señor magistrado que me conceda algunos minutos de conversación particular; se trata de un asunto de mucha importancia para vos.

—¡Qué! — exclamó Mr. Nupkins.

Mr. Pickwick repitió su petición.

—Es una petición muy extraordinaria — dijo el magistrado; — ¡una conversación particular!

—Una conversación particular — repitió Mr. Pickwick con firmeza; — solamente, como mi criado me ha dicho lo que tengo que comunicaros, deseo que esté presente.

El magistrado miró á Mr. Jinks, Mr. Jinks miró al magistrado y los polizontes se miraron unos á otros;

de repente, Mr. Nupkins se puso pálido; tal vez aquel Weller, en un instante de remordimientos, había confesado algún complot para asesinar al magistrado; ¡horrible pensamiento! Mr. Nupkins era hombre político, y se puso más pálido al acordarse de Julio César y de Mr. Perceval.

Miró de nuevo á Mr. Pickwick é hizo un signo á Mr. Jinks.

—¿Qué pensáis de esta petición, Mr. Jinks? — le dijo al oído.

Mr. Jinks, que no sabía qué pensar y que temía ofender á su patrono, sonrió de una manera dudosa, y después, contrayendo los extremos de la boca, sacudió lentamente la cabeza.

—Mr. Jinks — dijo el magistrado lentamente, — sois un jumento.

Al oír esta expresión familiar, Mr. Jinks sonrió aun y se retiró á un rincón de la sala.

Durante algunos minutos, Mr. Nupkins discutió la cuestión consigo mismo; después, levantándose con aire resuelto, invitó á Pickwick y á Sam á que le siguieran, y los llevó á un gabinete contiguo á la sala de justicia; allí les hizo señas de que se retiraran hacia el fondo, quedándose él á la entrada, á fin de poder tomar las de Villadiego si descubría manifestaciones hostiles en los culpables; por fin, declaró que estaba pronto á oír sus comunicaciones, cualesquiera que fuesen.

—Caballero — dijo Mr. Pickwick, — iré al hecho desde luego, porque se trata de una cosa que afecta notablemente á vuestra persona y á vuestro honor. Estoy seguro, caballero, de que recibís en vuestra casa un vil impostor.

—¡Dos! — interrumpió Sam; — el criado de la librea violada engaña á todo el mundo y derrama lágrimas de picardía.

—Sam — dijo Mr. Pickwick, — modérate á fin de que me entienda este caballero; en una palabra — continuó dirigiéndose á Mr. Nupkins, — mi criado tiene razón en suponer que un tal Fitz Marshall acostumbra visitaros; os pregunto — añadió viendo que Mr. Nupkins le iba á interrumpir con indignación, — os pregunto esto, porque sé que ese individuo es un ...

—Chitón — dijo Mr. Nupkins cerrando la puerta; — ¿vos sabéis quién es, caballero?

—Un vagabundo sin principios, un miserable aventurero que vive á expensas de la sociedad, que engaña á las gentes sencillas con absurdos infames y ridículas artes.

—¡Dios nos asista! — dijo Mr. Nupkins poniéndose rojo hasta las orejas y cambiando inmediatamente de

ademanos; — ¡Dios nos asista, Mr....

— Pickwick, — apuntó Sam.

— Pickwick — repitió el magistrado; — ¡Dios nos asista! Mr. Pickwick, sentaos, os lo ruego; ¿qué me decís del capitán Fitz Marshall?

— No le llaméis capitán, — interrumpió Sam, — ni Fitz Marshall tampoco; no es ni lo uno ni lo otro; es un pillastre que se llama Jingle, y el otro pillete que le acompaña se llama Job Trotter.

— Es verdad — dijo Mr. Pickwick, respondiendo á la mirada de asombro del magistrado, — y mi solo negocio en este pueblo era desenmascarar á este individuo.

Entonces Mr. Pickwick hizo un breve relato de las atrocidades de Mr. Jingle; contó cómo le había conocido, cómo había robado á miss Wardle, cómo había renunciado á aquella dama mediante una cantidad de dinero, cómo había atraído á Mr. Pickwick á un colegio de señoritas y cómo él, Mr. Pickwick, se había impuesto el deber de arrancarle el nombre y la cualidad que había usurpado.

A medida que adelantaba la narración, toda la sangre que habitualmente circulaba por el cuerpo de mister Nupkins, se reunió en las venas de su rostro y en sus orejas; había conocido al capitán en una carrera de caballos de Ipswick y lo había presentado á mistress Nupkins y á miss Nupkins.

Estas, encantadas por la larga lista de las relaciones aristocráticas del capitán Fitz Marshall, por sus remotos viajes, por su aspecto á la moda, habían exhibido al capitán Fitz Marshall, citado al capitán Fitz Marshall, presentado en todas partes al capitán Fitz Marshall: de tal modo, que sus mejores amigas, mistress Porkenham y las señoritas de Porkenham estaban á punto de reventar de despecho y envidia; y después de todo esto, resultaba que era un pobre aventurero, un cómico ambulante, y si no un estafador, por lo menos una cosa tan parecida, que no se veía la diferencia. ¡Justo cielo! ¿qué dirían las de Porkenham? ¿cuál sería el triunfo de mistress Porkenham, cuando conociera el rival á quien sus galanterías habían sido sacrificadas? ¿cómo se atrevería Mr. Nupkins á soportar la mirada del viejo Porkenham en el próximo juicio verbal? Y si la historia se divulgaba, ¡qué texto para la oposición magistral!

Hubo un largo silencio.

— Pero después de todo — exclamó Mr. Nupkins animándose por un instante, — después de todo, esto no es más que una simple declaración. ¿Qué pruebas tenéis de lo que decís?

— Careadme con él; esto es todo lo que pido; no

exijo más; careadle conmigo y con mis amigos. ¿Necesitáis otras pruebas?

— En verdad, es cosa muy fácil, porque vendrá aquí esta tarde; y entonces no sería preciso hacer público este asunto, por interés... de esa joven tan sólo... ya veis... sin embargo, yo quisiera consultar primero á mistress Nupkins sobre la conveniencia de esta medida; pero de cualquier modo que sea, Mr. Pickwick, es preciso despachar vuestro asunto legal antes de ocuparnos de otras cosas; vamos á la sala.

Cuando se reinstaló el magistrado, dijo:

— Grummer.

— Vuestra veneración — respondió Grummer con la sonrisa de un favorito.

— Vamos, basta de ligereza — dijo el magistrado; — es muy inconveniente esa sonrisa; el relato que habéis hecho hace poco, ¿es enteramente cierto? Cuidado con lo que respondéis.

— Vuestra veneración — balbuceó Grummer; — vo...

— ¡Ah! ¿os turbáis? Mr. Jinks, notad que se turba.

— Ciertamente, señor.

— Pues bien, repetid vuestra declaración, Grummer, y os advierto que tengáis mucho cuidado. Mr. Jinks, escribid la declaración.

El infortunado Grummer comenzó á repetir su acusación, pero en menos de tres minutos se enredó en tantas y tan embrolladas contradicciones, que Mr. Nupkins declaró que no lo creía. Las multas fueron, por lo tanto, anuladas; Mr. Jinks encontró en un momento un par de fiadores, y todas aquellas actuaciones solemnes quedaron terminadas en un momento; Mr. Grummer fué ignominiosamente despedido, ejemplo terrible de la inestabilidad de las cosas humanas y de la poca confianza que debe tenerse en el favor de los poderosos.

Mistress Nupkins era una mujer desdeñosa y severa, con turbante de gasa azul y peluca gris. Miss Nupkins tenía toda la altanería de su madre, menos el turbante azul, y todo su mal humor, menos la peluca; cada vez que el ejercicio de tan amables cualidades compromería á la madre y á la hija en algún dilema desagradable, una y otra se reunían para lanzar toda clase de vituperios sobre Mr. Nupkins. Por lo tanto, cuando fué en busca de su esposa y le comunicó los detalles que mister Pickwick le había dado, mistress Nupkins recordó de repente que ella había sospechado algo de aquello, que había profetizado lo que había de suceder, que no habían querido hacerle caso, y que realmente no sabía por quién la tomaba Mr. Nupkins, etc.

— ¡Es posible! — exclamó miss Nupkins, fabricando en el ángulo de cada ojo una lágrima de axiguas dimen-

siones; — ¡es posible que me hayan puesto en ridículo de este modo!

— ¡Ah, querida! — dijo mistress Nupkins, — puedes dar gracias á tu papá. ¡Cuánto le supliqué que se informara de la familia del capitán! ¡cuánto le rogué que tomara un partido decisivo! Estoy segura que nadie querrá creerlo ahora.

— Pero mujer... — objetó Mr. Nupkins.

— No me hables, ente insoportable.

— ¡Amor mío! ¡te gustaba tanto el capitán Fitz Marshall! le invitabas constantemente y le presentabas á todos nuestros amigos.

— ¡No lo dije, Enriqueta! — exclamó mistress Nupkins, dirigiéndose á su hija con ademán de mujer injuriada; — ¿no te decía que tu papá me echaría á mí la culpa de todo? ¿no lo dije?

Mistress Nupkins rompió á llorar.

— ¡Ah, papá! — exclamó la niña con tono de reprensión.

Y empezó á llorar también.

— ¿No es terrible — decía sollozando mistress Nupkins, — no es terrible echarme á mí la culpa de todo esto, cuando es él quien trajo á casa á ese hombre ridículo?

— ¿Cómo podremos ahora presentarnos en sociedad? — murmuró miss Nupkins.

— ¿Cómo podremos presentarnos ante los Porkenham?

— ¡Ni ante los Grigg!

— ¡Ni ante los Slumnintowkens!

Ante estas terribles reflexiones, la angustia de mistress Nupkins no conoció límites, y miss Nupkins lanzó suspiros desgarradores.

Por último, después de mucho llorar, se decidió que Mr. Pickwick permaneciera en la casa hasta la llegada del capitán. Si resultaba cierto lo que de él se decía, se le excluiría de la casa sin divulgar la verdadera causa de su salida, se diría á los Porkenham, para explicar la desaparición de Fitz Marshall, que, gracias á las influencias de su familia, había sido nombrado gobernador de Sierra Leona, ó de Singapur, países de donde los europeos no solían volver.

Cuando mistress Nupkins y su hija enjugaron sus lágrimas, Mr. Nupkins creyó conveniente terminar el asunto del modo que había propuesto su consorte. Por consiguiente, Mr. Pikewick y sus amigos fueron presentados á las damas poco después de la comida; en cuanto á Sam Weller, el magistrado conoció al momento que era hombre listo, y lo recomendó á los cuidados hospitalarios de Mr. Muzzle, con orden especial de llevarlo abajo y hacerle los honores.

— ¿Cómo estáis, caballero? — dijo Mr. Muzzle á Sam Weller, conduciéndole á la cocina.

— ¡Ah! ¡ah! lo mismo que cuando estabais tan tieso en la sala de audiencia.

— Os pido perdón por no haberos atendido entonces. Pero, Mr. Weller, ¿no queréis lavaros las manos antes de presentaros á las señoritas? Aquí hay una fuente y una tohalla.

— Vamos á lavarnos. ¿Cuántas damas hay?

— Dos tan sólo en la cocina; cocinera y nodriza; tenemos un mozo para el fregado y una chica además, pero esos comen en el lavadero.

— ¡Ah! comen en el lavadero.

— Sí, hemos probado el ponerles á nuestra mesa cuando llegaron; pero no hemos podido resistir; los modales de la chica son horriblemente vulgares, y el mozo hace tanto ruido mascando, que nos ha sido imposible permanecer en la mesa con ellos.

— ¡Oh, qué hipopótamo!

— ¡Es repugnante! es lo peor que tiene el servicio en provincias, Mr. Weller; ¡los jóvenes son tan mal educados... por aquí!

Hablando así, y precediendo á Sam con la mayor política, Muzzle lo llevó á la cocina.

— María, — dijo á la linda criada, — este es mister Weller, un caballero á quien nuestro amo ha mandado abajo para que le tratemos bien.

— Y vuestro amo lo entiende; me ha enviado á buen sitio, — añadió Sam, lanzando una mirada de admiración á la doncella: — si yo fuera el amo de esta casa, yo estaría siempre al lado de María.

— ¡Oh, Mr. Weller! — dijo María sonrojándose.

— ¿Pero y yo? — dijo la cocinera.

— ¡Ah, cocinera! os había olvidado, — dijo Muzzle; — os presento á Mr. Weller.

— ¿Cómo estáis, señora? — dijo Sam á la cocinera; — tengo mucho gusto en veros, y espero que nuestras relaciones durarán mucho tiempo.

Después de la ceremonia de la presentación, la cocinera y María se retiraron á la cocina para cuchichear durante diez minutos, y cuando volvieron se sentaron todos á comer.

Los ademanes desenvueltos de Sam y su talento y conversación, ejercieron una influencia tan irresistible sobre sus nuevos amigos, que á la mitad de la comida ya se había establecido una completa intimidad entre ellos, y ya Sam les había contado todas las perfidias de Job Trotter.

— Nunca he podido soportar á ese hombre, — dijo María.

—Y habéis hecho bien, querida, — replicó Sam.

—¿Por qué?

—Porque la fealdad y la hipocresía no van nunca juntas con la elegancia y la virtud; ¿no es verdad, mister Muzzle?

—Ciertamente.

Al oír esto, María se puso á reír, y aseguró que era por culpa de la cocinera, y la cocinera, asegurando que no, se puso á reír también.

—Vaya, no tengo vaso, — dijo María.

—Bebed conmigo, querida, — dijo Sam; — poned vuestros labios en este vaso y entonces podré yo besaros por poderes.

—Vamos, Mr. Weller.

—¿Por qué, vamos?

—Por hablar así.

—¡Bah! no es tan malo; eso es natural, ¿no es verdad cocinera?

—Callaos, impertinente, — replicó esta con aire de júbilo.

Y otra vez empezaron á reír la cocinera y María, hasta que la risa y la cerveza, y la comida combinadas, pusieron á la doncella en peligro de reventar.

En medio de estas expansiones, se sintió tocar violentamente, y el joven que comía en el lavadero fué inmediatamente á abrir la puerta del jardín. Sam estaba en el apogeo de sus galanterías con las dos jóvenes, mister Muzzle se ocupaba de hacer los honores de la mesa, y la cocinera que ya no reía, acercaba á su boca un enorme pedazo de carne, cuando la puerta de la cocina se abrió para dar paso á Job Trotter. Este apareció y vió á Sam; retrocediendo involuntariamente un paso ó dos, permaneció mudo é inmóvil, contemplando con admiración y terror la escena que se ofrecía á sus ojos.

—¡Héle aquí! — exclamó Sam, levantándose lleno de alegría; — ahora estaba hablando de vos; ¿cómo estáis? ¿por qué no se os ve? entrad.

Diciendo estas palabras, puso la mano sobre el cuello violado de Job, le metió sin resistencia en la cocina, cerró la puerta y dió la llave á Muzzle, que la guardó en el bolsillo.

—¡Vaya una casualidad! mi amo ha tenido el placer de encontrar á vuestro amo arriba, y yo tengo el de encontraros abajo: ¿cómo estáis? ¿y la tienda de comestibles, cómo anda? En verdad, me alegro mucho de veros; parecéis muy contento, ¿no es verdad, mister Muzzle?

—Ciertamente.

—¡Es tan jovial!

—¡De tan buen humor!

—¡Y tiene tanto gusto en vernos! sentáos, sentáos.

Job se sentó en una silla junto al fuego y dirigió sus pequeños ojos, primero sobre Sam, después sobre Muzzle, pero no dijo nada.

—Ahora bien, — dijo Sam, — tened la bondad de decirme delante de esas señoras, si creéis ser el caballero más gentil educado de los que usan pañuelo rojo y libro de himnos.

—Y si vale para casarse con una cocinera el muy pelagatos, — añadió la cocinera con santa indignación.

—Y si vale para llevar una vida virtuosa en una tienda de comestibles, — añadió la doncella.

—¡Joven! — vociferó Muzzle, animado por estas dos últimas alusiones; — escuchadme un momento; esta dama (mostrando la cocinera) es mi amiga; cuando habláis con ella de poner una tienda de comestibles, me herís en lo más sensible de mi corazón; ¿me comprendéis?

Muzzle, que como su amo tenía una alta idea de su elocuencia, se detuvo para esperar una respuesta; pero Job no parecía dispuesto á hablar, y Muzzle continuó:

—Es probable, caballero, que no os necesiten arriba en mucho tiempo; porque mi amo está arreglando al vuestro, caballero; así es que hablaremos en particular, caballero; ¿comprendéis?

Mr. Muzzle se calló, esperando otra vez una respuesta; pero Job no habló tampoco.

—Pues bien, — continuó Muzzle, — siento explicarme delante de estas señoras; pero la necesidad del caso será mi excusa. Ahí hay una habitación; si queréis pasar á ella, Mr. Weller será testigo y nos daremos una mútua satisfacción hasta que suene la campana. Seguidme, caballero.

Diciendo esto, el valiente criado dió un paso ó dos hacia la puerta, quitándose el vestido para no perder tiempo.

Pero cuando la cocinera oyó las últimas palabras de aquel desafío mortal, cuando vió que mister Muzzle se preparaba para el combate singular, lanzó un grito desgarrador, se precipitó sobre mister Trotter, que en vano quiso levantarse. La cocinera le abofeteó, le rasguñó, y enroscando sus manos en los cabellos lacios del nuevo Job, le arrancó los bastantes para hacer cinco ó seis docenas de anillos; habiendo realizado esta proeza con el ardor que le inspiraba su pasión por Muzzle, cayó desmayada bajo la mesa; porque era una dama dotada de sentimientos muy delicados y excitables.

En este momento sonó la campanilla.

—Es para vos, Job Trotter, — dijo Sam.

Y antes que Job pudiera resistir á sus insinuaciones,

antes que pudiera restañarse la sangre que corría por su rostro, Sam le tomó por un brazo, Muzzle por el otro, y tirándole el primero y empujándole el segundo, le hicieron subir las escaleras, y le introdujeron en la sala.

La escena que allí pasaba era sumamente interesante; Alfredo Jingle, por otro nombre el capitán Marshall, estaba en pie junto á la puerta con el sombrero en la mano y con una expresión de fisonomía no muy conveniente á su desagradable situación; enfrente de él se encontraba Mr. Pickwick, que evidentemente le había inculcado alguna lección de alta moral, porque tenía la mano izquierda metida entre las solapas de la levita, y la derecha extendida como era su costumbre cuando pronunciaba un discurso destinado á hacer impresión; un poco más atrás se veía á Mr. Tupman, radiante de indignación, pero cuidadosamente retenido por sus dos jóvenes amigos; en fin, á la extremidad de la habitación estaba Mr. Nupkins, su mujer y su hija, todos con una expresión altanera y sombría.

En el momento en que Job entró, Mr. Nupkins declamaba con magistral dignidad.

—¿Quién me impide, — decía, — hacer prender á estos individuos como farsantes ó impostores? ¿por qué ceder á una imprudente compasión? ¿quién me lo impide?

—El orgullo, viejo camarada, el orgullo... mal efecto... atrapar un capitán... ¡ah, ah!... ¡excelente carga!... ¡ah!... buen partido para la chica... á un pillo, pillo y medio... ¿publicar esto?... ni por un imperio... se hablaría mucho, mucho.

—¡Miserable! — exclamó mistress Nupkins, — nosotros despreciamos vuestras viles insinuaciones.

—¡Siempre le he detestado! — exclamó Enriqueta.

—¡Oh! necesariamente... ¡joven guapo!... ¡viejo adorador!... ¡Lidney Porkenham!... rico galán... no como el capitán... ¡se festeja al capitán! todo por el capitán... no hay nadie como el capitán... todas las jóvenes locas por él. ¿Eh? Job ¿eh?

Mr. Jingle se puso á reír de todo corazón, y Job frotando sus manos con delicia, dejó escapar el primer sonido que hasta entonces se permitiera desde su entrada en la casa; era una sonrisa sorda y contenida, que parecía indicar su gran fruición interior.

—Mr. Nupkins, — dijo la esposa, — esta es una conversación que los criados no deben oír; haced salir á esos dos miserables.

—Es verdad, Muzzle.

—Vuestra veneración.

—Abrid la puerta.

—Si, vuestra veneración.

—¡Salid de aquí, miserable! — exclamó mister Nupkins de una manera enfática.

Jingle sonrió y se dirigió á la puerta.

—Deteneos, — dijo Mr. Pickwick.

Jingle se detuvo.

—Yo hubiera podido vengarme de otro modo del engaño que me habéis hecho en complicidad con vuestro amigo el hipócrita (aquí Job saludó con la mayor política, poniendo la mano sobre su corazón); digo, — continuó Mr. Pickwick exaltándose gradualmente, — digo que hubiera podido tomar otra venganza; pero me contento con descubrirlos, cumpliendo así un deber para con mis semejantes; creo que tendréis en cuenta esta moderación (aquí Job Trotter, con mucha gravedad, aplicó la mano al oído, como para no perder ni una sola sílaba de lo que decía mister Pickwick); sólo una cosa tengo que añadir, y es que os considero como un bribón... y un... un canalla... el peor canalla que he conocido... excepto ese vagabundo de la librea violada.

—¡Ah, ah!... buen chico... Pickwick... ¡buen corazón!... ¿pero á qué tanta cólera?... eso es malo... adiós, adiós... nos veremos algún día, no os apesadumbéis... Job... vamos.

Al pronunciar estas palabras, Mr. Jingle se encasquetó el sombrero y se alejó con paso mesurado; Job se detuvo, miró en torno suyo, sonrió; después, dirigiendo á Mr. Pickwick un grave saludo, siguió los pasos de su estimable patrón.

—Sam, — dijo Mr. Pickwick, al ver que su criado tomaba el mismo camino.

—Señor.

—Quédate.

Sam pareció indeciso.

—Quédate, — repitió Mr. Pickwick.

—¿No podré sacudir el polvo á ese Job en el jardín?

—No hay para qué.

—¿Ni siquiera un par de puntapiés?

—Bajo ningún pretexto.

Durante un momento, por la primera vez después de su contrata, Sam pareció descontento y desdichado; pero su ademán se cambió inmediatamente, porque el asutito Muzzle, que estaba oculto detrás de la puerta, salió vivamente en el instante preciso y consiguió hacer rodar á Mr. Jingle y á su criado por todo lo largo de las escaleras.

—Ahora, — dijo Mr. Pickwick á Mr. Nupkins, — habiendo realizado mi propósito, mis amigos y yo vamos á despedirnos, y dándoos las gracias por la hospitalidad que hemos recibido, podemos aseguraros que no la hubiéramos admitido ni hubiéramos intentado salir de la

situación en que nos encontrábamos, si no nos lo hubiera impuesto un deber; mañana volvemos á Londres; vuestro secreto está en seguridad por parte nuestra.

Habiendo protestado así contra lo que había pasado por la mañana, Mr. Pickwick hizo un saludo á las damas, y á pesar del empeño de la familia, salió de la habitación con sus amigos.

—Toma tu sombrero, Sam, — dijo el criado.

—Está abajo, señor, — replicó Sam.

Y corrió á la cocina; pero el sombrero se había perdido y Sam tuvo que buscarlo, hasta que María, que estaba sola allí, vino en su ayuda; después, mirando por todos lados, la linda doncella en su ansiedad por encontrar el sombrero perdido, se puso de rodillas y transtornó todos los objetos que había en el rincón de la puerta; era un pequeño rincón muy incómodo, no se podía llegar á él sin cerrar la puerta.

—Aquí está, — dijo la doncella; — ¿es este?

—Veamos, — dijo Sam.

María había puesto la luz sobre la mesa, y como alumbraba poco, Sam tuvo que ponerse también de rodillas para ver si era realmente su sombrero; el rincón era muy pequeño, y así, sin ser culpa de nadie más que del arquitecto que hizo la casa, sucedió que Sam y la doncella se encontraron muy cerca uno de otro.

—Sí es, — dijo Sam; — adiós.

—Adiós, — repitió la doncella.

—Adiós, — repitió Sam; y al decir esto dejó caer el sombrero que con tanto trabajo había encontrado.

—¡Qué torpe sois! — dijo María; — le vais á perder otra vez si no tenéis cuidado.

Y para que no se volviera á perder, se lo puso.

El rostro de la joven parecía más bello aún con el sombrero; así es que Sam, sea por esta causa, ó por una simple consecuencia de su justa posición, la besó.

—¡Sospecho que no lo habéis hecho expresamente! — exclamó ella ruborizándose.

—No, querida, pero lo hago expresamente ahora.

Y la besó segunda vez.

—¡Sam! — gritó Mr. Pickwick desde la escalera.

—Aquí estoy, señor, — respondió Sam subiendo de cuatro en cuatro las escaleras.

—Has tardado mucho.

—Había detrás de la puerta una cosa que nos impedía abrirla durante este tiempo, señor.

Tal fué el primer capítulo de los amores de Sam.

Que contiene una breve reseña del estado del proceso Bardell contra Pickwick.

Habiendo realizado el principal objeto de su viaje, al descubrir la infamia de Mr. Jingle, Mr. Pickwick resolvió volver inmediatamente á Londres, á fin de saber qué medidas habían tomado contra él Dodson y Fogg. Ejecutando esta resolución con toda la energía de su carácter, subió á la imperial del primer coche que salía de Ipswick al día siguiente de aquellos memorables acontecimientos, y llegó á la metrópoli por la noche, acompañado de sus tres discípulos y de Sam.

Allí nuestros amigos se separaron por algún tiempo; Mr. Tupman, Mr. Winkle y Mr. Snodgrass se fueron á sus casas para hacer los preparativos del viaje que proyectaban á Dingley-Dell. Mr. Pickwick y Sam se establecieron en un hotel bueno, aunque algo antiguo, llamado *El Buitre*, en la calle Lombard.

Mr. Pickwick había comido y concluido su botella de Oporto, había envuelto en su pañuelo de seda su cabeza y puesto sus pies junto á la chimenea, se había arrellenado en su sillón, cuando Sam entró con un saco de noche.

—Sam, — dijo Pickwick.

—Señor.

—Creo que he dejado muchas cosas en casa de mistress Bardell, calle de Goswell, y será preciso ir á recogerlas antes de partir.

—Muy bien, señor.

—Por de pronto puedo mandarlas á casa de mister Tupman; pero antes de llevarlas allá, será preciso ponerlas en orden. Ve á la calle de Goswell y arregla todo eso.

—¿En seguida, señor?

—En seguida. Y... espera, Sam, — añadió Mr. Pickwick, sacando su bolsa; — es preciso pagar el alquiler; el plazo cumple en navidad, pero lo pagarás todo.

—Muy bien, señor; ¿nada más?

—Nada más.

Sam se dirigió poco á poco á la escalera, como si hubiera esperado alguna cosa más; abrió lentamente la puerta, y cuando ya estaba fuera, Mr. Pickwick gritó:

—¡Sam!

—Señor, — respondió Sam, entrando vivamente y cerrando tras sí.